

muere el padre, la autoridad pasa al hijo mayor, lo mismo que la propiedad de todos los bienes mientras que los hermanos viven unidos: en separándose estos, está obligado á dar á los demás una parte igual á la que se reserva para sí. Otras leyes y libros recomiendan á los mandarines velar con cuidado para que reinen en las familias la paz y el orden.

Fune-
rales.

En un pueblo tan poco cuidadoso del porvenir, donde muy pocos son los que se preguntan si sobrevivirá alguna parte de ellos despues de su último aliento, causa admiracion el horror que sienten solo al pensar en la privacion de honores fúnebres, y sobre todo de aquellos que, en épocas determinadas del año, hace el hijo ó nieto á una tablita en que está el nombre del difunto. De aquí nace la aversion al celibato y la profunda compasion que tienen al que muere sin dejar hijos varones (1). Algunos sentenciados á muerte han obtenido por gran favor el permiso de pasar algunos instantes con su mujer, y allí olvidando su muerte inminente, se consolaban con la esperanza de dejarla fecundada. Los que no tienen hijos varones (y solo de estos se cuidan, porque conservan el nombre, mientras que las hijas le cambian), se apresuran á adoptarlos.

Estos lazos que unen despues de la muerte, hacen que los funerales, en toda clase de personas, sean mas pomposos que en los demas países. Llévase luto tres años, ó á lo ménos veintisiete meses, por los padres; y ademas de vestirse de blanco (2), debe el hijo abandonar todos los negocios, aunque sea ministro, y retirado en su casa no acostarse en cama por espacio de cien dias, y abstenerse por un año del trato de amigos y mujeres. Lo mismo hace la viuda, y en proporcion los demas parientes. Todos los años se celebran ceremonias fúnebres en la tumba del padre, ofreciendo manjares y bebidas. Las sepulturas se colocan en colinas estériles y secas para que no las dañe el arado; y el muerto magníficamente vestido, y llevado en el ataúd que él mismo preparó en vida para que fuese seguro y sólido (3), es acompañado de todos sus parientes cubiertos de sacos y de harapos, de las mujeres en literas y vestidas de blanco, y ademas de plañideras y músicos. Se prepara una comida sobre la tumba, y se sirven manjares á la comitiva, mientras se oyen gritos de afliccion y se exagera el dolor de una manera tan extraordinaria, que llega á parecer fingido al que no está acostumbrado á estas escenas. Ademas cada familia tiene una sala de los abuelos, donde se reúnen en ciertas épocas todos

(1) « Entre los pecados de inobservancia con respecto á los parientes, el mayor es no casarse, y no tener hijos y sucesores. » MENG-TSEU.

(2) El blanco era color de luto entre los Italianos, hasta el siglo XIV; así se lee en el Dante.

Non credo che la sua madre piu m'ami
Posciaché trasmutó le bianche bende,
Le quai convien che misera ancor brami.

(3) Cuando el cólera morbo desoló la China en 1823, el erario, ademas de los gastos acostumbrados en semejantes desventuras, tuvo que emplear millones para suministrar cajas para los cadáveres y hacerles alguna clase de exequias.

los parientes, que algunas veces llegan á siete y ocho mil, y sin mas distincion que la edad, celebran un banquete, costeado por los mas ricos.

¿ Qué se hará, pues, cuando muera el padre comun, el rey? Hay luto en todo el imperio, prohibese el color rojo, se suspenden por cincuenta dias los tribunales y negocios, y los mandarines pasan el dia en la corte llorando ó fingiendo que lloran.

El carácter artificioso de los Chinos se manifiesta en todos sus actos, en las visitas de cumplido, en colocarse siempre segun su clase, en el andar amanerado y en sus interminables ceremonias. Nunca dirán yo, sino *vuestro servidor*, ó si la persona con quien hablan es elevada, *vuestro humildísimo é indigno esclavo*: no dirigen nunca la palabra sino *al señor*, y tratan de *viles, pobres y abyectos* á su país y á sus regalos, por ricos que sean, al paso que llaman *noble y respetable* todo lo que pertenece al señor á quien hablan. En las visitas, algunas de las cuales son indispensables en ciertas ocasiones, está determinado todo lo que han de hacer por un ceremonial que tiene la fuerza de un código; y el que trastornase la mas mínima parte de estas demostraciones, haria una afrenta y quedaria deshonorado y castigado. Los embajadores europeos necesitan cuarenta dias de lecciones para saber las ceremonias con que deben presentarse al rey, y para ser examinados en el tribunal de los ritos; y si faltan á alguna de ellas, sufre el castigo su maestro. Un duque de Moscovia rogaba en sus credenciales al emperador que excusase á su embajador si faltaba á alguna ceremonia, en atencion á no estar acostumbrado á ellas; y el emperador al despedirle mandó escribir una respuesta que decia: *Tu embajador hace muchas cosas rústicamente.*

Pero no es esto solo en la corte. El que hace una visita á otro, ya sea letrado ó comerciante, hace presentar por el portero una tarjeta (*tietsé*), roja y dorada, doblada en figura de abanico, con su nombre y cumplimientos, por ejemplo: que el tierno y sincero amigo de su señoría, ó el discípulo perpétuo de su doctrina, se presenta en calidad de tal á hacerle su reverencia hasta la tierra. Si es recibido, atraviesa los patios la litera y entra hasta la sala en que lo han de recibir. Allí el ceremonial indica una por una las cortesías, las vueltas á derecha é izquierda y los cumplimientos mudos (1); el rogar y negarse á pasar primero, el saludo que el amo de la casa debe hacer á la silla destinada al huésped, quintándola primero el polvo con la orilla de su vestido. Se sientan entonces gravemente y con la cabeza cubierta, que el descubrirse sería impolítico; el uno expone el objeto á que ha venido; responde seriamente el otro; se trae despues el té, y está fijado el modo de presentarlo, de recibirlo, de llevarlo á la boca

(1) Las mujeres hacen las cortesías como entre nosotros; y se llaman *van-to*, esto es, mil felicidades, de la palabra que pronunciaban antiguamente, y que despues fué suprimida por parecer poco decente.

y de volver la taza al criado, cumplimientos que se reúnen á cada nueva oferta, y que son tanto mayores cuanto mas elevada es la persona que las hace. ¿ Figúrese el lector cuantas cortesías y melindres deben hacerse á un plato mandado por el rey! Al despedirse consumen en melifluos cumplimientos mas de media hora (1). El dueño de la casa sale á ver montar á caballo ó entrar en la litera á su huésped; este protesta que no hará nada en su noble presencia, y despues de mutuas instancias y repulsas, el dueño se retira un poco; el huésped monta, y aquel vuelve á aparecer y á desearle feliz viaje. Aquí se repiten los cumplimientos; el huésped no quiere partir hasta que éntre el dueño en su casa; él no quiere hacerlo sin verlo marchar: tambien es finura y cortesía que el amo de casa despues de alguna instancia se declare vencido y se retire; pero apénas el huésped se ha movido, cuando vuelve á salir dándole el último adios, al cual se debe responder con reverencias ó señas (2). No bien ha echado pié á tierra en su casa, cuando ve llegar á un siervo á saber noticias suyas y cumplimentarlo por su vuelta.

¡ Desgraciado de aquel que tiene en la China el tiempo tasado!

Lo que hemos dicho se extiende tambien á todos los actos de la vida; á los escritos, á las relaciones; y no son ya cuestion de cortesía sino de obligacion, porque triste de aquel que teniendo que escribir, por ejemplo, el nombre del rey, no lo colocase en la parte superior de la columna y á la distancia ritual.

En aprender, ensayar y calcular todas estas futilidades se viene á emplear la mitad de la vida de un hombre; el perfeccionamiento que manda su religion y su filosofía se hace consistir en refinar mas y mas estas vanidades; el que las posee bien se tiene en una gran cosa y desprecia al que no las conoce ó no las practica.

De aquí proviene la soberbia de los Chinos y la poca estima en que tienen á los extranjerios. Mientras los grandes rios el Tigris y el Eufrates guiaban continuamente á las hordas nómadas hácia las cultas regiones de la Mesopotamia y á las orillas del Caspio, del Ponto Euxino y del Mediterráneo, la China no tiene mas que un solo enemigo confinante, los Mogoles, que desde sus llanuras vienen á hacer presa en ella mas bien que á conquistar. Si por acaso pone el pié en su territorio un conquistador, léjos de abatir aquella constitucion, la encuentra oportunísima para reinar sin obstáculos, y busca los medios para que continúe aquella marcha, no cambiando sino la mano que da el primer movimiento.

(1) Cada Chino tiene gran acopio de estos cumplimientos. A cada favor que se le hace dicen *Pei-sin*, esto es: « Prodigáis vuestro corazón: » á cualquier servicio por pequeño que sea, *Sie-pu-sin*, « mi agradecimiento no puede tener fin. » Si dan alguna incomodidad *Tsui*, « es una gran falta el haberme tomado esta libertad. » Si se les alaba *kican*, « ¿ cómo me atreveré? » esto es, á creer: si convidan á comer *Yen-man, Tai-man*, « os habremos quizá recibido mal, quizá os hayamos dado mala comida, etc. »

(2) Algo semejante encontramos en Méjico en la sociedad culta.

No es verdad que hayan permanecido los Chinos siempre aislados; los vasos chinoscos encontrados en los sepulcros egipcios y toscanos manifiestan que en tiempos muy antiguos se comunicó aquel extremo del Asia con los países del Mediterráneo; pero en su contacto con los extranjerios no buscaron nunca ni instruccion, ni simpatía. Todos los extranjerios son mirados en la China como avarientos que van á pedir limosna, y sus costumbres como bárbaras, porque no se conforman con las nacionales; y creen imposible aprender algo de gentes que han nacido fuera del celeste imperio. Sin embargo, no faltan excelentes máximas que están en contradiccion con los hechos; pues Confucio escribió: « Los hombres de lejanos y extraños reinos deben ser tratados cortesmente; y así recibirán los pueblos de las cuatro partes de la tierra riqueza y bienes. » Y Mencio: « Si los Chinos aman el bien y la virtud, cuantos sean hombres insignes y virtuosos en los cuatro mares, no cuidándose de los millares de millas, vendrán á anunciar todos los bienes á los Chinos y á instruirlos en lo mejor; si no, los extranjerios se dirán: ¡ Ah, ah! los Chinos se tienen por una gran cosa, y esta voz detendrá á millares de millas de la China á los virtuosos, descosos de venir aquí á enseñar, y en su lugar vendrán payasos y juglares, admitidos los cuales, ¿ cómo gobernar bien el reino? »

La agricultura y la arquitectura tienen reglas invariables. Por miedo de inspirar sospechas al rey, ninguno se atreveria á alzar mas ó á adornar mejor su casa: se cuidaban las vides, y un decreto imperial lo prohibió. Cultivan los campos á manera de jardines, aprovechando las pendientes de los montes como las costas de los rios y mares; pero emplean muchísimo trabajo donde un Europeo emplearia casi ninguno: no se sirven de bueyes para arar, sino del pesado búfalo, ó bien lo hacen á mano: tampoco han sabido aprovecharse de los demas animales para el trasporte ó acarreo ni de las fuerzas naturales, á excepcion del viento para las velas.

El hombre lleva todas las cargas, arrastra los carros, muele en su casa el trigo y mueve con los remos el barco. Sus utensilios están trabajados con finura, pero á fuerza de paciencia, con instrumentos groseros; y en cada uno de esos objetos que admiramos se emplean meses y meses. El hombre es la única máquina en la China, y muchas veces no tiene mas inteligencia que una máquina; últimamente, cuando tuvieron alguna nave europea la imitaron tan servilmente, que fundieron con los cañones el círculo móvil que sostiene la mira; en las telas copiaron hasta los errores del tejido; un sastre puso un remiendo en un vestido nuevo para que fuese igual al modelo que le habian dado; y se dice que hicieron barcos de vapor con hornillo y chimenea, pero con ruedas movidas á brazo.

En un pueblo semejante, todo puede decirse que se encamina á eternizar su infancia: los pies estropeados á fuerza de comprimirlos; las

Asia-
miento.

Agricultura.

uñas que impiden el movimiento de los dedos; el vientre disforme, los baños continuos, las frecuentes bebidas calientes, debilitan todo impetu del genio. La obediencia misma no es virtud, porque es solo una consecuencia del temor al látigo; no es virtud el amor doméstico, porque se practica solo en fuerza y á medida de la ley; y la madre, venerada mientras vive el padre, es escarnecida y despreciada despues que su muerte no la deja mas título que el de concubina (1).

La espantosa propagacion de la especie humana no sabe corregirse sino arrojando los niños á centenares al rio y á los perros. Obligados imprudentemente á concentrarse, perecen de hambre en las grandes ciudades. La administracion minuciosa y vejatoria produce una plétora que introduce en todo la inmovilidad; y acepta como virtud esa necesidad que es la condenacion de los gobiernos, rechazando la doctrina espiritualista que pudiera ilustrarlos. El título de letrado se cree suficiente para ser buen empleado, buen gobernador, buen marido; y sin embargo, aquellos letrados, panteístas ó materialistas, están separados del pueblo por toda la distancia de una lengua; no se atreven á salir del pobre oficio de comentadores, ni piensan mas que en hacerse amigos de los grandes y en oprimir á los inferiores; de modo que la astucia puesta al servicio de la fuerza destruye toda la actividad de la inteligencia y todo sentimiento moral; ni es vencida la apatía sino por la avaricia ó por el miedo al bambú.

En la vergonzosa miseria de aquellos gobiernos que se llaman paternos, todo se sacrifica á un déspota; y un capricho, un sueño ó una locura suya bastan para causar los padecimientos ó la muerte de millones de sus hijos. Viviendo en un terreno que no basta para dar trabajo y alimento á una poblacion excesiva, hubo de ponerse especial cuidado en la industria, y esto hizo que los hombres adquiriesen todavía mas el aspecto de autómatas que están repitiendo siempre los mismos actos. Siendo considerado el lucro como principal objeto, no se reparó en la bondad de los medios, y hasta el hacer suyo lo de otro llegó á tenerse por gracia y por cosa natural, como el robar entre los Arabes, y las ponderaciones entre nuestros comerciantes. Aborreciendo todo lo que turbe su soñolienta quietud, nadie piensa ganar con la violencia, pero son muy astutos en los fraudes y engaños: esta es su política.

Por tanto en la China hay paz sin justicia, riquezas sin comodidades, ceremonias sin amor, moral sin buenas prácticas. Si estalla en los confines la guerra ó un tumulto en el interior, el único pensamiento del rey es el de que se restablezca la calma, sin tratar de remediar los abusos, y sin cuidarse de lo que pueda costar el restablecerla. Entretanto el vulgo que no tiene nombre sigue viviendo en aquel movi-

(1) Véase el viaje de Rienzi.

miento sin progreso, y en aquel mecanismo inalterable, tiranizado paternalmente por emperadores que quieren reservarse exclusivamente el derecho de conocer y de hacer el bien; engañado y envilecido por filósofos impostores; desollado y maltratado por mandarines que predicán como Catones y que viven como Vérres; ignorado de los historiadores que cantan la bienaventuranza de los que no tienen fuerza ó espíritu para rebelarse contra la mano que los oprime: vicios propios solamente de la China.

La China es un pueblo bárbaro regido por un gobierno patriarcal que le ordena los mas pequeños actos, y que impone ceremonias indeclinables lo mismo para las mas íntimas relaciones domésticas que para las embajadas. Agrádanles á los Chinos la pompa en los vestidos y en los acompañamientos, los adornos minuciosos en las casas y en los edificios, las fiestas, las luminarias, los colores vivos, las músicas estrepitosas, los fuegos artificiales, las máximas filosóficas pomposas y bien sonantes, las puntuales reverencias y las reglas inviolables de la política; y vienen á ser como niños en tutela sin tener de la niñez el amor á lo verdadero y á lo natural. Estándoles mandada la actividad, van y vienen, trabajan, se fatigan, sin haber podido aprender el modo de combinar el reposo con la ocupacion. Obedecer es su virtud: obedecer sin límites, mozos y viejos, sin conseguir con la experiencia de los años la libertad de accion, sin oponer resistencia á los padres brutales ó á los mandarines arrogantes, que pueden hacer todo el mal que quieran porque desprecian el temor de un castigo fácil de evitar.

La religion no es en la China un interes del corazón ni una conviccion de la mente, sino una ley oficial: la que profesa el emperador debe ser seguida por todo el que aspira á los empleos: los demas creen y adoran lo que mas les place. El pueblo está sumido en la ignorancia por las dificultades de la lengua y no tiene otra guía mas que el culto de lo pasado y la resignacion con sus hábitos. No sabe leer los libros clásicos, ni en ellos hay cosa que hable á su corazón, ni á su imaginacion. Mal se manda á nombre de una necesidad terrestre reprimir las pasiones; y algo mas se necesita que los preceptos de una moral ingeniosa para revelar á la inteligencia su energía y su mision sobre la tierra. Los letrados, colocados alrededor del trono, del cual esperan empleos, honores, dignidades, ¿cómo han de querer introducir novedades que podrian dañar á sus intereses? De aquí el cuidado de rechazar las innovaciones; de aquí el odio á los budistas y misioneros; de aquí la uniformidad estacionaria de aquel pueblo, cuya civilizacion está toda en sus principios, grandiosa y original entonces, pero detenida despues, de modo que no hace mas que profundizar el surco dentro del cual pasa su infancia perpétua.

El perfeccionamiento, insigne distintivo del hombre, ¿cómo puede darse allí donde una cosa debe hacerse de tal ó cual manera, porque siempre se hizo así? El extranjero será siempre temido, cercado de espías, de obstáculos, porque puede introducir novedades; y así la nacion privada de comparaciones, y midiéndolo todo segun el ritual de sus ceremonias, su laboriosa frivolidad, la artificial complicacion de su régimen, tomará por bárbaro á cualquier otro pueblo; y en su inmenso egoísmo, alimentado por la circunstancia de no necesitar producciones extranjeras, concebirá aquella altísima opinion de sí misma, que se observa allí donde las acciones están todas prescritas, y donde se eleva sobre todos quien cumple con estas prácticas. Hoy todavía responderian aun á sus maestros: « ¿Qué nos queréis enseñar? Conocemos todas las artes útiles; cultivamos los granos, las legumbres y las frutas, no menos que la seda, el algodón y el cáñamo; usamos en los tejidos y en las telas muchas raíces y cortezas; ninguno sabe mejor que nosotros laborear las minas; ninguno como nosotros conoce el arte de carpintería, alfarería y ebanistería; somos carreteros, grabadores y tintoreros, y hacemos el papel y la porcelana mejores del mundo. »

Y en verdad las necesidades materiales están satisfechas en China desde muy antiguo; mas no las de la inteligencia: porque el ímpetu que conduce al hombre á la perfeccion se encuentra allí detenido por una hipocresía sistemática y una obediencia pasiva. Cuando crece la poblacion, en vez de enviar fuera, como la Grecia, colonias que difundan y perfeccionen su civilizacion, matan á los niños á millares, creyendo que es una infamia abandonar las tumbas de sus padres. Bastante ántes que la Europa conocieron los Chinos la estereotipía, la brújula y la pólvora (1); pero mientras que estos tres descubrimientos cambiaron completamente la faz del mundo occidental, en la China ni se han perfeccionado, ni se han aplicado mas que á varios pasatiempos. La brújula no les sirve, porque no viajan; con la pólvora hacen fuegos artificiales; la impresion debe someterse á reglas inmutables, y no sirve para simplificar su complicadísima

(1) El sobredicho Estanislao Julien, en 1827, comunicó á la Academia de Ciencias de Paris la fecha exacta de los grandes descubrimientos de los Chinos. Resulta de sus indagaciones en los libros de la China, que 2700 años á. C. se sabía criar el gusano de seda; 1000 años á. C. se usaba la brújula para los viajes de mar y tierra; 400 años, se hacían buques todos de hierro; 200 años, la tinta y el papel de trapo. Un siglo á. C. inventaron la pólvora; entre los años 581 y 595 d. C. el grabado en madera; en 904 el grabado en piedra tallada; entre 1041 y 1049 la imprenta: en el siglo VIII la porcelana, los pozos artesanos, el arte de iluminar y calentar con gas inflamable, sacado del seno de la tierra y conducido á grandes distancias; los puentes colgantes de bambú ó de cadenas de hierro, y las bombas para incendios; en 1120 los naipes; entre 1260 y 1311 el papel moneda, etc. Además curan empíricamente muchos males, que se tienen por incurables en Europa; saben por medio de alimentos particulares modificar el color de los cabellos, y darles un negro que se conserva hasta la mas prolongada vejez, cambiar el color de las flores en la rama, acelerar su aparicion así como la de los frutos, y hacer en los vegetales trasformaciones que nos deleitan al mismo tiempo que nos admiran.

escritura. En fin, falta toda chispa de entusiasmo á la originalidad futil y alambicada de aquel pueblo; y su razon entorpecida no da mas que frutos artificiales.

Sin embargo, no sé si la China podrá resistir al impulso de esa agitacion interior que conmueve á la humanidad ahora mas que nunca, y que la arrastra al progreso á pasos de gigante. No hace mucho tiempo se trató de enviar á los Estados Unidos de América un enjambre de Chinos que uniesen así el Oriente con el Nuevo Mundo. Formáronse en el interior varias sociedades secretas; la *Triada* y el *Nenufar blanco*, tienen un jefe que la policía no ha podido descubrir: y ya en tiempos anteriores se han verificado conmociones parciales, tomando por símbolo la expulsion de los extranjeros, exordio comun del patriotismo (*). Tal vez será la China el campo de batalla entre la Rusia y la Inglaterra, que en sus inmensas conquistas confinan con ella por el Occidente y Septentrion; y la guerra con sus destrucciones puede ser que introduzca una civilizacion nueva. Ya, gracias á Inglaterra, ha abierto la China seis puertos á los Europeos (1842), además de que los Ingleses son dueños de Hong-kong; y el contacto disipará el desprecio y aborrecimiento á las cosas extranjeras, é introducirá una luz real en vez de la artificial.

Tratándose de un pueblo cuyos movimientos son tan lentos y mal determinados, nos ha parecido conveniente exponer aquí todo lo que en general le concierne, aunque se refiera á épocas posteriores á aquella en que nos hemos detenido en la serie de sus acontecimientos políticos. La China ha sido juzgada diversamente, segun las diferentes pasiones de los escritores. Los misioneros, viendo tanta semejanza con el primitivo teísmo, exageraron su pureza y sus efectos, de modo que pintaron muy lisonjeramente el cuadro de la religion y civilizacion de este país. Otros misioneros, contrarios á los primeros, se fijaron en la generacion de aquella creencia primitiva; y con el torpe espectáculo de los vicios chinos quisieron demostrar cómo se extraña el hombre abandonado á sí mismo. Filósofos enemigos tanto del teísmo primitivo como del cristianismo, trataron de presentar á los Chinos como un pueblo sin religion, ó sectario de la religion natural que ellos profesaban; y así admiraban una moral que se había desarrollado sin la revelacion, y proponian á los Chinos como modelo para la cristiandad, elevando la religion natural sobre la de Dios, y la moral de Confucio sobre la de Cristo (1). Pero tambien ha habido astrónomos que tomaban por estrellas los granos de polvo pasados en su telescopio.

(*) La revolucion que actualmente se está verificando, y de la cual no ha podido hablar el autor, será objeto de una nota que insertaremos en su lugar oportuno. (N. del T.)

(1) Véanse las ligerísimas observaciones de Paw, admiradas por el que busca el oropel, y las mil inexactitudes de MALTEBRUN.